
CLASES INTENSIVAS

SERGIO D. GAUT VEL HARTMAN

El bonaerense Sergio Daniel Gaut vel Hartman es conocido de nuestros lectores por sus relatos publicados en nuestros números 15, 30 y 51. Aunque hace varios años que su nombre no aparece por nuestras páginas, tenemos que confesar que no ha sido por culpa de falta de entusiasmo del autor, sino de los profundos pozos espaciotemporales que por un tiempo se adueñaron del ya extinguido pájaro dronteano. Pero aquí está de nuevo, con su peculiar estilo y el reto impactante de sus temas, como una buena muestra de que, pese a la sucesiva desaparición de las colecciones que han ido surgiendo por allá, el interés por la SF al otro lado del charco sigue estando viva e inquieta.

Imaginen una frágil muchachita, tiesa, de frente al pequeño sol verde. Observen las descomunales maletas, el desierto de granito rosado. Fijense como la muchachita bucea en todas direcciones, buscando al Comité de Recepción. Un puño helado le aprieta el estómago. ¿Será posible que me hayan abandonado en un planeta desierto? Noten ahora como busca en su gabán demasiado grande. ¿Dónde estará? ¡Lo encuentra! En un arrugado trozo de papel están escritas las coordenadas de Raudas. Es aquí, se dice, este maldito lugar es Raudas.

Tímidamente, tímidamente, tímidamente.

Una caricatura de poco más de ochenta centímetros de estatura, pies y manos palmípedos, gran cabeza coronada con cómicas antenitas, brota, literalmente, del desierto. Extiende ambos brazos y exhibe una hermosa manzana. La más hermosa manzana que pueda hallarse en veinticinco parsecs cúbicos.

—¡Oh, gracias! —Las maestras pierden todo su aplomo cuando les regalan hermosas manzanas. Esto sucede desde tiempos inmemoriales—. Soy la señorita Henderson. La maestra designada por

el Ministerio de Educación Galáctica, Secretaría de Mundos Limítrofes.

—Ah, bueno —dice el muñeco de ventrílocuo; la mandíbula colgante, los ojos amarillos pintados con acuarela—. Le doy la bienvenida en nombre del pueblo de Raudas. Estamos muy felices en que haya accedido de venir.

—Se dice *de* que haya accedido *a* venir —corrige la señorita Henderson. Las maestras no pueden con su genio—. Será un placer dar clases a unos alumnos tan simpáticos y en un planeta tan bonito.

—No es bonito aquí. Nosotros vivimos abajo.

—Eso ya lo sabía. —(Aquí omito el comentario; todos ustedes han ido alguna vez a la escuela y saben que las maestras *jamás* se equivocan en público)—. Me refería a este desierto tan coqueto. No tenemos un lugar así, allá en la Tierra.

—En cambio, a nosotros, nos gustaría tener un edificio majestuoso como la Central de Computadoras de Woomera. ¡Y no podemos!

—¡No pueden! Pobrecillos.

—Quisiéramos ser un poco más tecnológicos, pero no podemos a causa de ese asunto del pulgar, ese maldito pulgar. Mire.

—¡Oh! —la señorita Henderson contempla detenidamente la mano palmeada, la evalúa, la investiga, la acaricia—. No te preocupes. Saldrán adelante.

—Es que los raudólogos dicen... Vino un raudólogo aquí desde la Tierra, para estudiarnos. Se llamaba, se llamaba...

—No tiene importancia. Además, los raudólogos son tan necios como los antropólogos. Sacan siempre conclusiones apresuradas. ¿Cómo me dijiste que te llaman?

—No lo dije. Me llaman Pluto. Soy el Regente.

La señorita Henderson estuvo a punto de lanzar una carcajada: ¡Regente! Pero la reprimió. Nunca se debe inferiorizar a un alumno. Y menos el primer día de clase.

—Bien, amigo Pluto, ahora enséñame mi alojamiento; luego me mostrarás la escuela y me presentarás a los demás estudiantes. A propósito: ¿a cuántos raudaleses deberé educar? El nombramiento no lo especifica.

Pluto bajó la cabezota. Le daba mucha vergüenza no saber contar, ni sumar. Como a toda raza vieja, inocente y sentimental, la humillación precipitaba a los raudaleses en el balbuceo. Pero se sobrepuso.

—Verá: Plubo, Pluco, Pludo, Plufo, Plugo, Pluho, Plujo, Pluko, Plulo, Plumo, Pluno, Pluño, Plupo, Pluro, Pluso, Pluvo, Pluwo, Pluxo, Pluyo, Pluzo y los pequeños Pluico, Pluigo, Pluilo, Pluimo, Plui-

no, Pluiso, Pluivo, Pluiwo, Pluiyo, Pluizo y yo. Como resulta notorio muchos de nosotros somos solteros, todavía.

La maestra no hubiera interrumpido aunque la lista contuviera un millar de nombres más. Tacto. Psicología. Amor a la profesión. Pedagogía. Arrojo. Pasta de docente rural.

La señorita Henderson empleó las primeras horas del largo día (un día de setecientas horas, ¿qué tal?) en investigar las condiciones en que debería desplegar su actividad, ante la mirada curiosa, atenta, temerosa y abrumada de los treintiún raudaleses.

—La iluminación es deficiente.

—Es que las rocas son fluorescentes, pero poco —explicó Pluyo.

—¡A callar! —exclamó Pluto, haciendo valer su condición de Regente—. Es que las rocas son fluorescentes, pero poco, señorita.

La maestra los miró un momento y se encogió de hombros. Las rencillas internas de aquellos gnomos no eran de su incumbencia. No la terminaba de convencer que la totalidad de la población la siguiera incansablemente por todas partes. Se sentía el flautista de Hamelin. O era Hamlin. No tiene importancia, se dijo.

Probó las concavidades naturales que hacían de camas y mesas y asientos. No la convencían tampoco, pero no era justo que mortificara a los raudaleses enrostrándoles a cada momento su incapacidad para fabricar el utensilio más rudimentario. Bien pensado, era por demás extraño que hubieran, inclusive, llegado a elaborar una forma de comunicación. Pero no estaba en su área. Blancanieves y los treintiún enanos.

—Tengo una pregunta indiscreta que formularles; la curiosidad me mata: ¿son ustedes asexuados? Se reproducen por partogénesis.

—Sí —dijo Pluwo con la mayor convicción.

—¡A callar! —interrumpió Pluto—. Sí, pero como no sabemos nada de biología, ignoramos el mecanismo. Esperamos que usted nos enseñe, señorita.

—¿Por qué no les permites hablar? Tienen tanto derecho como tú.

—No. Soy el Regente hasta el próximo eclipse. La única voz autorizada.

—¿Y cuándo será el próximo eclipse?

—¡Ah, eso no lo sabemos! Esperamos que usted nos enseñe también astronomía. Hasta ahora, como los eclipses nos toman por sorpresa, los cambios de gobierno se deciden en medio de la mayor confusión. El más lento es Regente.

—¡A clase! ¡A clase! —DOING DONG DOIND. Campanita de caliza. Bajado de basalto. Primer día de clases. Pluido y Pluijo lloran. Son los más jóvenes; apenas han nacido. En la segunda hora, Pluiizo se hace pis. Pluyo termina en un rincón por tirar tizas. La señorita Henderson piensa divertida en un bonete de cartulina con la palabra «tiratizas». ¿Las antenitas hubieran quedado adentro o afuera? Pluto es monitor de facto: le encanta borrar la pizarra y quién sabe, el eclipse puede estar por producirse.

De este modo comenzó la ímproba tarea de la señorita Henderson. A despecho del suelo magro y lo remoto del paraje, puso en la faena la emoción del apóstol. Doy fe. Tomó a las treinta y cuatro bestezuelas y como quién amasa pan, trabajó la harina con la gramática estructural del galidioma; condimentó con historia universal, geografía y raudografía; agregó la levadura de las matemáticas euclidianas y topológicas; horneó el producto en el imponente marco de la ecología planetaria y, en la hora de gimnasia, mezcló el yoga con calistenia, ajedrez y fútbol. (Problema: cómo resolver la tendencia de los raudaleses a encucharar el balón con el pie palmeado y lanzarlo hacia atrás).

En poco tiempo y a pesar de la pésima conducta, los duendes de ojos amarillos pintados con acuarela hicieron grandes progresos. A decir verdad, nadie podría convencerlos de que hezkrryvyrr tiene sus complicaciones. Pero la física, la topología y la teoría general de la relatividad, corregida por Thornethssen, les resultaron muy útiles para amplificar ciertos talentos, de cuya existencia nada sospechaban...

Entretanto.

La frágil muchachita se fue haciendo mujer. Comenzó a extrañar la caricia del Sol, del que oscurece la piel. Comenzó a sentir nostalgias del rumor de las olas contra los acantilados. Y esencialmente, sintió crecer la presencia de aquel maestro de sexto, su amigo de los recreos en la escuelita de las Ardenas, a quien le confiaría sus anhelos, sus sueños de sembrar con las semillas del conocimiento los rincones olvidados del cosmos. Aun escuchaba la voz de Pierre diciéndole:

—¡Maestrita de extramuros! ¿Vas a convertir burros en profesores?

Pero no le había propuesto... nada. Había deslizado alguno de sus cínicos y habituales comentarios y la había despedido con un cálido apretón de manos. ¡Qué formal este Pierre, Dios!

Entretanto.

Comenzó a hartarse de los raudaleses. Hartarse de que se enca-

pricharan y levitaran y se copiaran y teleportaran y se distrajeran y telepaticaran y demás fruslerías. El desorden en clase llegó a ser de tal magnitud que debió prohibirles las trasmutaciones de materia en la hora de música o las síntesis a partir de microorganismos en la de dibujo. No podía controlarlos: atravesaban las paredes, se contraían hasta hacerse invisibles...

—¡Me tienen harta, caramba! —bramaba a diario—. Conseguirán que regrese a la Tierra y en mi reemplazo designen a una vieja cacatúa repugnante, racista y sin sentido del humor como yo. ¿Quieren eso?

—¡Nooooooooooooooooooooo!

—¿Se burlan de mí, además?

—¡Nooooooooooooooooooooo!

En un par de años (de los de la Tierra), llegó a querer bastante a sus enanitos antenados. Le encantaba salir de picnic; gozaba como loca con los manteles que se tendían solos y las masas que se introducían en su boca. Aunque nunca faltaba un bromista que hacía llover teconleche y se ganaba una contundente malanota, los resultados eran positivos: reinaba la risa franca y la cordialidad desbordaba las canastas. La señorita Henderson era bastante permisiva y solo censuraba que le leyeran los pensamientos más íntimos (Pierre) y que partogénizaran en su presencia.

(Léase el relato: «La vida sexual en Raudas», donde me extiendo sobre el tema de la anticoncepción partogénética).

Pero un día...

¡Oh calamidad, calamidad!

Un escueto mensaje, vía subradio.

«Señorita Ana Henderson / 23259 Raudas / Kappa Cannis IV / Cooper la reemplazará / Esté dispuesta el 23092369 / Firmado: Secretario de Mundos Limítrofes, Ministerio de Educación Galáctica, Tierra / Fin.»

¿El fin?

—¿Van a permitir que les cambien la maestra en este momento crucial de sus vidas? ¿Quieren volver a su antigua condición de brutos ignorantes sin imaginación, creatividad e iniciativa? —la señorita Henderson está sollozando; no se dejen confundir por el vigor del discurso.

—No señorita —responde Pluko, Regente; el primero elegido en comicios en toda la historia de Raudas. No hay bromas en situación de emergencia roja.

—Iremos a la raíz del problema.

—¿Sí?

—Iremos a la Tierra.

(Aquí comienza: TOMA DE LA TIERRA, CONQUISTA DE LA GALAXIA Y HEGEMONÍA RAUDALESAS).

No duden: conquistar la galaxia es una tarea sencilla si se cuenta con los talentos de los raudaleses por un lado y un Gobierno supercentralizado, superburocrático y supercibernético, por el otro.

En ocho horas terrestres, los treinta y seis raudaleses se teleportaron desde su mundo hasta la capital del Imperio.

En ocho horas, pusieron fuera de servicio al computador Maestro, madre y padre del Sistema. Virtualmente, lo enloquecieron.

En solo media, convencieron a los Técnicos Mayores de que se tomaran vacaciones en mundos-paraíso como Megar y Happiness.

Luego una pausa para almorzar lemmon pie, gateau de groseille, Strudel y hojuelas de miel.

Finalmente, se entrevistaron con el Emperador, lo convencieron de que toda resistencia sería inútil. Le mostraron a los oficiales de la flota en las tabernas y a las naves de patrulla dirigiéndose a toda máquina hacia los mundos-paraíso Gioia, Zelacantasar y Glück, con el objeto de licenciar a todo el personal.

Está de más decir que el Imperio, achanchado por décadas de paz y prosperidad y confiado por la apacibilidad de todas las razas conocidas, había descuidado bastante el aspecto militar de su presupuesto y actualmente no gastaba en armamento más de lo que siempre se ha gastado en Educación y Cultura.

En una sencilla, pero no menos emotiva ceremonia, el Emperador en persona ungió a Pluko, Regente de Raudas, con el óleo sagrado. Algo abrumado por los honores, el duende de ojos amarillos decidió mantener la tradición gubernamental raudalesa: entregaría el cetro en cuanto se produjera el próximo eclipse. Al tanto que corriera menos.

—¡A gobernar! —dijo Pluyo.

—¡A callar! —replicó Pluko—. El Regente de la galaxia soy yo, ¡A gobernar!

—Necesitarás asesores —argumentó Pluico; la segunda generación y su derecho a opinar.

—¡A callar, imberbes! Pero necesitaré algunos asesores.

—¿Qué haremos con la señorita Henderson?

—¡A callar! Eso, ¿qué haremos?

Un tupido silencio cayó sobre el palacio.

—De acuerdo, nombraré un Primer Ministro y un gabinete. Pero cuarenta raudaleses es un número insuficiente. ¡A partogenizar todos!

La señorita Henderson prefirió regresar a la Tierra en un navío de línea. Apagó la fluorescencia de las cavernas como sus alumnos le habían enseñado, cerró las puertas y esperó, de pie en el desierto de granito rosado. Muchos acontecimientos se habían precipitado desde la última vez que, recordaba, esa solitaria llanura le oprimiera el corazón. Quién hubiera imaginado que esos duendes ridículos... Si casi ni aprueban el curso... (una lágrima rueda por la mejilla avergonzada por el sol de Raudas). ¿Y Pierre me estará esperando? (la otra mejilla, otra lágrima). ¿Habrán resuelto mi problema? Quién lo diría... Hace un minuto, cósmicamente hablando, no se sabían sonar la nariz.

El «MMG Marylin Monroe» se posó suavemente en la superficie de Raudas.

Durante el transcurso del viaje de la señorita Henderson en el «MMG Marylin Monroe» (un transporte «lento» y «económico»: un parsec por semana y pasaje ajustado al bolsillo de una maestra), los raudaleses gobernaron con prudencia, justicia, honestidad, sabiduría y algunas faltas de ortografía monstruosas. Pero el máximo interrogante permanecía incólume.

—¿Qué haremos con la señorita Henderson?

—¿Por qué no le hacemos un regalo tan magnífico que se desmaye y, cuando vuelva en sí, le anunciaremos que podrá gozar de una suculenta pensión? —sugirió Pluiye con la imprudencia de la tercera generación.

—¡Insensato! —bramó Pluto—. ¿Y cuál sería ese regalo tan magnífico?

—Un planeta entero con forma de manzana. ¿De qué sustancia es Melo, ese mundo descubierto por Grand Smith, verdoso, con un cabito en el polo?

—¡Maldición! ¡Saquen a los chicos de las reuniones de gabinete! —ordenó Pluko casi fuera de sí; aunque simultáneamente advirtió que no sería posible: la tercera generación contaba con todos los talentos desde el mismo momento de la división. Volverían. Las reuniones de gabinete los divertían horrores.

—¡Un vestido de fiesta! —propuso Pluito.

—¡Verde! —Pludo.

—¡Con lentejuelas, perlas, strass y un gran escote! —Pluido.

—¡Mejor una mandolina! —uno.

—¡Regalémosle a Pierre! —otro.

Y disparate va, disparate viene, los raudaleses prolongaron sus discusiones durante varios días con sus noches. Finalmente, Pluko y su Primer Ministro Pluto resolvieron someter el problema a la consideración del recientemente reparado computador Maestro. (Aclaro, por las dudas, que para adecuarse a las necesidades psiónicas de sus nuevos dueños, el computador Maestro debió aprender a telepatizar, telekinetizar y teleportarse; con las consiguientes dificultades que esto trajo aparejado).

—Computador Maestro, nos gustaría que...

—Ya lo sé. Sabía que lo preguntarían. Nóbrenla Ministro de Educación y Cultura.

Los raudaleses se miraron entre sí alelados. ¿Cómo pueden los detentores del máximo poder galáctico pasar por alto una solución tan simple?

El gran día ha llegado.

El «MMG Marilyn Monroe» descendió cuidadosamente sobre la plataforma de recepción, ante la sorpresa de su Capitán, quién vino recibiendo anuncios de prioridad triple A desde el comienzo de la desaceleración, algo más acá de la órbita de Urano. ¿Quién viaja en *mi* nave, digno de una triple A, que *yo* no conozca?

El astropuerto brilla, se multiplica en banderas tornasoladas y destellos de metal. Una multitud, que como todas las multitudes está allí porque los demás fueron (sí, en el siglo xxiv también), vibra y vocifera. Poco les preocupa el cambio de amos. Además, esos gnomos de ojos amarillos y antenitas en la cabeza son muy simpáticos. ¿Por qué no iríamos a recibir al nuevo Ministro de Educación y Cultura?

La señorita Henderson es la última en descender.

Parpadea sorprendida ante tamaña recepción.

—¡Viiiiivaaaa! ¡Braaaavoooo!

(Una gran pancarta, elaborada y sostenida por la cuarta generación, dice: VIENBENIDA A CAZA. Pero la cuarta generación no conoce a la señorita Henderson; no ha sentido en carne propia la ira de ceros rojos).

Emocionada, la maestra se acerca al palco de autoridades. Casi un centenar de raudaleses se apretujan y se empujan en su afán de tocarla. Aunque ella desconoce a la mayoría, casi se atrevería a decir: «Aquel es partogénico de Pluyo y aquel hiperactivo de más allá es partogénico de Pluwo».

—Gracias. Gracias. Gracias. Estoy muy emocionada. Estoy muy emocionada. Etc. —(Los habituales clichés). ¿Pero quién hubiera predicho en algún momento de la historia de la Humanidad, hititas incluidos, que una *maestra* de escuela podía obtener la adhesión masiva y ululante que se dispensara a Epaminondas o Julio César? Un silencio hondo.

La multitud queda en suspenso.

La señorita Henderson va a recibir su premio.

—Ya que Raudas —dice Pluko con voz quebrada—, no era más que un punto insignificante en la vastedad del Cosmos hasta que recibió la bendita visita de nuestra amada señorita Henderson... Todo lo que somos y logramos se lo debemos... ¿Pero qué podemos darle que ella no posea ya en algún lugar de su inmenso corazón?... No podemos hacerla Emperatriz, por razones obvias (la muchedumbre ríe)... Pero seguimos en deuda... Y no podemos simplemente condecorarla y esas cosas que se estilan... Por eso pensamos... Pensé... Qué nada agradaría más a nuestra maestra que continuar educando; sembrando con las semillas del conocimiento los rincones olvidados de esta galaxia y otras vecinas, y aún otras lejanas y lejanísimas...

El rostro de la señorita Henderson enrojeció de placer. «Quién lo hubiera pensado. Mejor que tener al antipático Pierre. Estos enanitos saben hacer las cosas. Y yo les enseñé».

—Por eso —continúa Pluko—, hemos resuelto nombrar a la señorita Ana Henderson... Ministro de Educación y Cultura de la Galaxia... Desta... No dudamos que desempeñará...

—¿QOOOUUUUÉÉÉÉ? —La erupción intempestiva, impensada, del Etna, una tarde de julio, a la hora de la siesta—. ¡Mamarrachos inconscientes! ¡Brutos irreductibles! ¡Palurdos definitivos! ¡Zopencos a la enésima potencia! ¡Animales inferiores del último agujero del último planeta! —(Y así una retahila de epítetos sorprendentemente elaborados, a pesar de su espontánea verbalización. Doce minutos completos de epítetos)— ...¡Pigmeos pedantes, matones, prepotentes y necios! ¿Puede alguien decirme cuál fue mi error? ¿Los saqué del arroyo para recibir *esta* recompensa? ¿Acaso creen que pueden arrinconar a una talentosa escultora de almas, a la única auténtica artífice de la conquista de la galaxia por parte de los raudaleses, detrás de un escritorio, en una oficinucha, en un edificio insípido, en la más burocrática y aburrida de las tareas? (Yo no creo que sea para tanto. A mí me gustaría ser Ministro de Educación. Un día. ¿Y a usted?)

—Es que nosotros creíamos que —articuló Pluko.

—¡MMMMIIIEERRRRDDAAA! —aulló la señorita Henderson. Y la multitud hizo:

—¡UUUUUHHHHHHH!

—...Sería un honor para usted... —concluyó Pludo, tembloroso.
—¿Honor? El honor del entierro prematuro, me conceden ustedes —(Los raudaleses no entendieron la poética alusión)—. Les advertí que el alcohol podía dañar sus facultades... sus escasas facultades.

—Es que el Ministerio... —trató de injertar Pluto.

—Eso. El Ministerio —dijo la señorita Henderson volviéndose sobre el Emperador—. ¡Lo acepto!

—¿Que-lo-qué?

—Lo acepto.

Los desconcertados raudaleses desplegaron una serie de documentos. La gente reunida en el astropuerto prorrumpió en vítores y aplausos. La maestra firmó todos y cada uno de los papeles. Luego anunció:

—Ahora nombro maestra de primeras letras en el planeta Koliiego a la señorita... Ana Henderson. ¡Pobre del Imperio si no refrenda esa designación! A continuación renuncio a mi cargo de Ministro de Educación y Cultura. Preparen la documentación. Y podría ser peor si el Imperio intenta algo así como usar esos ridículos trucos de feria en mi contra. O si traen a Pierre para que me convenza. En mi lugar, pueden nombrar al caballo de Rodrigo Díaz de Vivar, si vive; y si no está entre los vivos, pueden resucitarlo.

—¡Pero Koliiego! —El grito telepático unió a todos los raudaleses; estaban aterrados.

—Si. Koliiego.

—Esas bolsas de tomates podridos y alquitrán recalentado...

—Esos mismos. Necesitan una maestra. ¿Qué están haciendo, *go-ber-nan-tes*, acaso están entorpeciendo el avance de la cultura? ¿Acaso se proponen apagar la luz que despunta en un mundo sumido en las tinieblas?

—Y, nosotros, no.

¡Qué otra cosa podían decir!

—Cuándo hay una nave hacia Koliiego?

—En cincuenta minutos locales —informa el robot informador—. Es ruta larga con transbordos en Galaad, Gal-dun-dar, Glück y Casialborde.

—No importa.

—La nave es la «MMG Alfred de Musset». Buen viaje. —(¡Qué saben los robots!)

—Si se queda me hago un transplante... —suplica Pluko.

—Basta de idioteces. No me provoquen ahora que estoy casi serena.

—Le damos...

—Lo que yo quiero no me lo puede dar nadie...

Los raudaleses siguieron a su exmaestra por todos los rincones del astropuerto durante varios minutos; la rodearon ansiosos cuando ella se sentó en la sala de espera con un ejemplar de «Pigmalion». Al cabo se aburrrieron. Y la dejaron sola. El último, Pluto, dijo:

—Adiós.

La señorita hizo un gesto ambiguo con la mano; tal vez de saludo, tal vez de fastidio.

(Aquí comienza: ESTANCAMIENTO, DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO RAUDALÉS).

En una de las últimas reuniones de gnomos tristes, ojos de acuarela imprevisamente llovida, dijo Pluxo con tono contrito:

—Ya debe haber trasbordado en Casialborde.

—Y, sí.

Estaban desinflados; la entropía había carcomido sus antenas. Plumo gimio:

—Apenas llegue a Koliiego desenfundará sus pizarras y sus tizas.

—Y, sí.

No servían para nada. El Imperio se sostenía y avanzaba gracias a la fría y electrónica eficiencia del computador Maestro. Pero ellos no podían cargar siquiera con su abatimiento. Presenciaban, indolentes, sentados en el porche, el derrumbamiento de la sólida estructura que parecía destinada a durar un milenio. Se consolaban pensando en Roma. Pero no se consolaban un pimiento. Estaban hechos bolsa. Bolsas de tomate podrido y alquitrán hervido. Plubo chirrió algo. Los demás no lo oyeron. Ni empatizaron. Ni telepatizaron. Yo creo que los imperios solían claudicar así, calladamente; el frufú del vestido de una dama que busca nuevos horizontes. Cuando los criados apagan las luces, hace mucho tiempo que todos se han retirado.

—Y, sí.

Un estertor postrero.

O sea, digo, la convulsión final de la bestia, antes de quedar totalmente y definitivamente muerta.

- ¿Adónde dicen que se fue? No conozco ese lugar.
 —¿Y usted quién es?
 —¿Perdieron todos sus talentos?
 —Ah, usted es...
 —Sí. Soy yo. ¿Cómo se llega a Koliego?
 —Pregunte a un robot informador en el astropuerto.
 —Aquí el único cínico soy yo. ¿O esa fue una materia inventada por Ana?
 —¿Qu-e-é m-mat-ter-ria?
 —¿De qué o de quién la están protegiendo? ¿No estarán por creer que voy a recorrer media galaxia para arrojarme en sus brazos como en los folletines del siglo XIX? ¿Estuvieron leyendo a la Invernizzio?
 —No tenemos ninguna deuda con usted. No tenemos por qué soportarle esos insultos.
 —Está bien. Llévenme a Koliego por teleportación, aunque sea la última vez que lo hagan. Quiero llegar antes que ella.
 —¡Eso no es posible!
 —¿Al mismo tiempo?
 —Tampoco.
 —¿Poco después?
 —No creo que lo disfrute.

Cuando Ana Henderson pisó Koliego, supo que nada se parecería a lo ocurrido en Raudas. Por de pronto el sol no era verde; era amarillado y verrugoso. Olía mal. Por donde el ojo indagara, había jungla; jungla pútrida de manglares y bambúes o sus equivalentes. También olía mal. Y esa combinación enfermiza de luz tenebrosa y protuberancias retorcidas hedía; hería los ojos, ofendía el tacto, fastidiaba las encías y la lengua. El silencio, serruchado con cricris chirriantes, introducía una nota crispante y fragosa en la atmósfera turbia. No había un puño helado apretando el estómago de la señorita Henderson. Había una bola ígnea y una incertidumbre loca. Dónde vine a dar con mis huesos, a propósito de dos despechos, razonó.

Buena pregunta.

Justamente en ese momento, los tomates podridos (y ponzoñosos) fueron excretados de sus bolsas y rodaron hacia la señorita Henderson con la ostensible consigna de impactarla.

Cumplieron su propósito.

Estaban efectivamente *muy* emponzoñados.

Por algo *nunca* había durado una maestra, en Koliego.

Fuerzas elementales desatadas, que les dicen. Carentes de in-

tencionalidad y exentas de la insidiosa simetría bienmal.

Agentes del caos.

¿Acaso todos (yo mismo), no habiéramos apostado por la celeridad?

Pierre no llegó a destino tampoco.

Esa otra fuerza elemental, los raudaleses, vengativos, celosos; borrador de un proyecto abortado, lo dejaron caer y caer reluctanamente, en un rizo del subespacio.

Luego trataron de regresar a Raudas, pero la culpa les cerró con obstinación los caminos de regreso y se perdieron. Un flujo reflujo de norretorno.

Las pobres bolsas de Koliego continuaron con su inmisericorde (e intrascendente) función.

La Humanidad reorganizó el Imperio y recordó la hegemonía raudalesa como un mal chiste. Pero levantó la guardia.

(OTRO FINAL).

La ponzoña convirtió a la señorita Henderson en un Rip van Winkle cósmico. Y el rizo vagó por el subespacio como una burbuja estática, con Pierre en su interior. Y ella esperó. Y él se acercó.

Finalmente, un día, tal vez, por qué no, el rizo golpeó la superficie de Koliego, muy cerca del lugar donde yacía la mujer.

Eso.

La entropía lleva tiempo.

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



nueva dimensión

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN
Y FANTASÍA

A CARGO DE:

Sebastián Martínez
Domingo Santos
Luis Vigil

Director:

Domingo Santos

Director Artístico:

Enrique Torres

Colaboradores:

Alfonso Álvarez Villar
Jorge Aspa
Carlo Frabetti
Antonio Martín
Juan Carlos Planells
Fco. Javier Redal
Jaime Rosal del Castillo
Augusto Uribe

Suscripciones:

M.ª Teresa Roca

Corresponsales:

Argentina: Daniel Luján Heredia
Bélgica: Bernard Goorden
EE.UU.: Forrest J Ackerman
Hungría: Peter Kuczka
Japón: Takumi Shibano
Polonia: Czesław Chruszczewski
Rumanía: Ion Hobana
Suecia: Sam J. Lundwall
Uruguay: Carlos M. Federici

Edita:

ED. NUEVA DIMENSION, S. A.
Merced, 4 - Barcelona, 2

Imprime:

LITOCUB, S. A.
Nápoles, 300
Barcelona - 25

Distribuye:

LIBRESA
Carretera Nacional 152. Km. 22,600
PARETS DEL VALLES (Barcelona)

Depósito legal: B. 18.136 - 1980

Enero 1981 / Número 130

© ED. NUEVA DIMENSION, S. A.
1981

PORTADA DE

Bill Martin

EDICIONES
**nueva
dimensión**
S.A.

MERCED 4

BARCELONA 2

nueva dimensión

hoy

EDITORIAL

YA ESTÁ AQUÍ EL NIÑO
CLÓNICO
por Domingo Santos . . . 4

SE PIENSA

LOS VERDADEROS PADRES DE
SUPERMAN
por Sam Moskowitz . . . 125

EL NACIMIENTO DE LA SF
EN EL CINE: GEORGES
MÉLIÈS
por Manuel J. Martínez . . . 138

SE EDITA

CRÍTICA DE LIBROS
por J. C. Planells, y
A. Benítez Gutiérrez . . . 144

SE EXHIBE

NAVIDADES CON SF
por Carlos S. Cidoncha . . . 157

EL SEGUNDO VUELO DE
SUPERMAN
por Rafael Marín . . . 161

APAGADO RESPLANDOR
por Rafael Marín . . . 165

SE DICE

LIBROS, FANZINES, FANDOM,
COMIC, CINE, PREMIOS,
JUEGOS, MÚSICA, VARIOS . . . 169

SE ESCRIBE

LA OPINIÓN DE NUESTROS
LECTORES 183

EL RINCON DE LA CIENCIA

TRES, DOS, UNO... ¡TIEMPO!
por Javier Redal 40

mañana

NOVELA CORTA

EN LA CALLE DE LAS SIERPES
por Michael Bishop . . . 69

CUENTOS

NO SE RASQUE, POR FAVOR
por Robert Sheckley . . . 9

LOCO PARENTIS
por Gene Wolfe 37

CLASES INTENSIVAS
por Sergio D. G. V.
Hartman 45

OVMÍ
por Javier Redal 123

PRIMER VUELO

LA VOZ DE LOS CIELOS
por Miguel Píndado . . . 15

COMIC

LA TIERRA HUECA
por Luc Schuiten y
François 58